

La crueldad de Domiciano debía atraerle una muerte violenta. La conciencia, que nunca en la vida calla, le asaltaba con remordimientos continuos y crueles. A cada paso creía encontrar un asesino. Sin duda la sangre que habia vertido le nublaba los ojos con negra nube, y le hacia ver en todas partes la sombra de su conciencia y de su alma. Y razon tenia, en verdad, para temer, porque bajo sus piés hervia una continua conjuración, que debía estallar á toda costa con grande y tremendo estallido como la erupcion de un volcan. Hallándose en su habitacion, embebido en leer un libro, la espada de un conjurado le hirió el vientre. Domiciano dió un grito espantoso, llamó á sus esclavos, quiso defenderse; pero en aquel punto varios conjurados, domésticos de su palacio, se arrojaron sobre él, y lo remataron con ensañamiento. Así murió aquel hombre, que habia pasado su vida entre muertes, ahogado en sangre, como sucede siempre á los que vierten sangre. Su muerte fué indiferente al pueblo, dolorosa al ejército, placentera al senado, que sin valor para contrastar la tiranía y para oponerse á los tiranos vivos, los perseguia y los insultaba despues de muertos, señal de su vileza.

Señores: hemos llegado al término de nuestro trabajo, que comprende medio siglo. Hemos visto en cada uno de los emperadores que suben al trono, un aspecto, una fase de las ideas que domina-

ban á Roma. Hemos encontrado en Galba el patriciado, la restauracion de la República; en Othon el epicureismo, la exaltacion de la plebe; en Vite-lio el predominio de los pretorianos; en Vespasiano y en Tito la continuacion de la idea trascendental del Imperio, del derecho y la justicia; en Domiciano el engrandecimiento del ejército y del pueblo, y la condenacion y la muerte del patriciado. Mas en el seno de aquella sociedad existia una secta filosófica, el estoicismo, que necesitaba, ó una república, ó una dinastía fiel á sus ideas. Nunca el estoicismo tomó un aspecto de polémica tan amenazador como en tiempo de la familia Flavia. Sin duda el estoicismo, al sentirse crecido y robusto, presentaba con fuerza una protesta contra el Imperio, y así contribuia á la civilizacion universal y á la libertad de los hombres. La familia Flavia habia perseguido á los estóicos, les habia arrojado de Roma como perturbadores de la tranquilidad pública con sus continuas predicaciones. Tres edictos se dieron contra los estóicos por Vespasiano, por Tito, por Domiciano. En tiempo de éste fueron arrojados de Roma Senecion, Epitecto, Arlemidoro, Dion Crisóstomo que se consoló en su destierro con un fragmento de Demóstenes y un diálogo de Platon. Y sin embargo, la persecucion demostraba, como siempre demuestran las persecuciones injustas, que aquella secta tenia gran fuerza y estaba cercana á su victoria. En efecto,

el estoicismo iba á subir al trono con Nerva y con Trajano. Su ascension al trono era un triunfo del derecho racional sobre el derecho escrito, de la humanidad sobre el privilegio de Roma; era la revolucion del Imperio consumada por la conciencia y en amor al bien. En otra leccion estudiaremos el estoicismo romano.

Esta ascension de la escuela estóica al trono del mundo con Nerva, ascension que examinaremos más adelante, prueba la fuerza real que tienen las ideas, fuerza incontrastable; que supera y vence á la materia bruta. Nada hay más vulgar y extendido que considerar las ideas como seres imaginarios, fuera del mundo, sin fuerza para detener la corriente de los hechos, sin calor para dar vida á ninguna institucion, sin realidad en la vida; pero, señores, cuando abrimos las páginas de la historia, cuando vemos la idea, que nace muda y solitaria en la mente de un pensador, herir la conciencia, encender los corazones, formar escuelas y partidos, subir á la legislacion, al gobierno, transformar la sociedad, convertirse en el lábaro de ejércitos poderosos, centellear en la frente de los magistrados, iluminar las sentencias de los tribunales, venir á ser el alma de infinitas generaciones; cuando vemos este maravilloso espectáculo, nuestra razon se abisma, y herida por tanta luz, confiesa que el hecho en la historia pasa como un relámpago, como un soplo de aire, como

el instante fugaz en que sucede, y la idea invisible, la idea impalpable, la idea espiritual es la única realidad que existe, así en la conciencia como en el espacio, así en el alma como en el mundo; la idea que todo lo avasalla con su fuerza divina é incontrastable. Así la idea estóica, nacida en un rincon de Grecia, en la mente solitaria de un pensador aislado y silencioso, por esa fuerza real que tienen las ideas, por ese desarrollo que toman, por su misma virtud, levanta el vuelo, se posa en la cima del Capitolio, infunde su espíritu á las escuelas, centellea en la frente de los emperadores, transforma la legislacion, vivifica el derecho, y desde el fondo de las clases inferiores sube armada por sublimes resplandores á la cima del Capitolio. El estoicismo llega á la raiz de la vida, el estoicismo entra en la esfera política; con su idea de libertad y de justicia, transforma precisa y necesariamente al Imperio, para el cual ha concluido en Domiciano la hora de la venganza y empieza con Nerva la hora de la organizacion y del derecho.

La fuerza que las ideas estóicas habian adquirido en Roma se conoce por el súbito cambio que el Imperio sufre bajo Nerva. Hora era ya de que concluyese aquella continua desolacion de la Ciudad Eterna. La aristocracia habia cometido muchos crímenes, pero los habia purgado en un siglo de delaciones, de persecucion, de muerte,

de aniquilamiento de sus poderosas huestes. La plebe habia sido insultada y herida por la aristocracia; pero en verdad la dictadura salida de su seno, si no le habia dado remedio, la habia dado venganza. El mundo alzaba sus brazos á Roma pidiendo con desfallecimiento la comunicacion de su derecho. El estoicismo, aunque odiaba al Imperio, habia comprendido el destino providencial del Imperio; y con sus ideas y con su espíritu contribuia á la realizacion del derecho humano, del derecho universal. Nerva es el primer emperador que no es romano, ni descendiente de Italia, y en verdad un estóico para ser fiel á su idea, para destruir el privilegio de la ciudad, debia tener por patria el mundo, por hermanos todos los hombres. En su carácter se nota cierta timidez, que cuadra muy bien á los primeros vacilantes pasos de una idea destinada á romper una tradicion y á plantear un nuevo problema social. Galba, Othon, Vitelio, Vespasiano, con esta ó la otra idea, tienen su origen en los pretorianos y en las legiones; Nerva es el emperador del senado. En los primeros dias de su reinado corrió entre los soldados el rumor de que Domiciano habia resucitado; tanta era su popularidad en el ejército, que este rumor fué como un anuncio de graves desórdenes para Nerva, porque no era posible matar en un dia la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro

sino imitando la conducta de los pasados emperadores y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estóicos tuvieron el anuncio de que Nerva subia al Capitolio, abandonan sus destierros y se dirigen á Roma á llevar al emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conocia que un triunfo de la razon era una derrota de la fuerza, se revolvia contra los filósofos, y amenazaba destruir aquella revolucion que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical. Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas; Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto á sublevarse contra Nerva. La idea estóica, como un áura suave, se suspendia sobre aquel mar alborotado, y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institucion no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podia renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus más grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos cómo el espíritu humano se va acercando á los altares

del Cristianismo á recibir la luz venida del cielo.

• Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces; en esta série de crímenes, de matanzas; cuando parecia que el mundo iba á concluir bajo el peso de la tiranía y del crimen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia, extendia su mano omnipotente y heria la tierra para que la idea estóica se levantara á realizar el derecho, y heria el cielo para que la idea cristiana que habia brotado en el Calvario, extendiera su luz y su calor en la conciencia humana.—He dicho (1).

(1) Debo dar algunas explicaciones cortas al público del Ateneo y á los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones; pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que más amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado, para desperdiciarlo, el soplo de tiempo que vivo. He decidido escribir mis lecciones, y cumplo mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltarán á las lecciones escritas el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras necesarias para explicar la continuación de la obra.

EL MUNDO ROMANO.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso período de la historia. Antes de convertir los ojos á la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, ó enemigas de Roma, ó sometidas á Roma. En esta larga procesion de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre lo por venir, y en sus labios la interpretacion sublime del destino; naciones artistas, que aun pueblan en su postracion y en su muerte de cánticos los

aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huestes los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilización de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que á manera de solitarios cenobitas, se consagran á Dios en el templo, y al pié del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos; á pesar de esta variedad de índole en las razas y de destino en los pueblos, como todos se convocan al pié del Capitolio para unir é identificar sus almas estudiando y comprendiendo á Roma, hemos estudiado y comprendido todo el mundo. Sin embargo, será bien ver las naciones y estudiarlas en el momento en que la antigua República se transforma en Imperio.

Dos grandes razas se dividen el mundo, y realizan dos distintas ideas en la sociedad antigua, la raza indo-europea y la raza semítica. La raza indo-europea venida de las orillas del Indo habia sido una raza guerrera y artista. La espada era el símbolo del poder y la lira el símbolo de su inteligencia. Esta raza ha peleado y ha cantado en toda su larga peregrinación por la tierra. En verdad que toma diferentes caracteres, según las regiones por donde pasa; pero siempre lleva im-

preso en la frente el sello de su origen. Cuando llega á Grecia, su privilegiada imaginación se baña con el rocío de la mañana, en los resplandores del sol, en las ondas de aquellos celestes mares, y recogiendo toda la hermosura de la naturaleza, se transforma en artista, y el mármol y las tablas no bastan á encerrar todo el fuego y todos los varios colores de su ardiente fantasía. Cuando llega á Roma, el ardor guerrero la posee, y su espada remueve toda la tierra. La imagen más perfecta y acabada de esta privilegiadísima raza es Alejandro, poeta, artista, cantor como un griego, que descuelga de los árboles del Pindo la lira de Homero, llevado en alas de la victoria, y seguido de su pueblo y de sus huestes llama á las razas con el regalado acento de su voz al mismo tiempo que vá con su espada hiriendo los viejos templos, los altares, los ídolos, y recorriendo la tierra para abrir surcos donde sembrar una idea poderosa y grande, á cuya sombra puedan respirar todos los pueblos, porque su gran alma, llena de sublimes presentimientos, estalla, por parecerle estrecho el seno de una raza, y quiere dilatarse y crecer, y tomar más fuego y más vivos colores en el eterno seno de la humanidad. A esta raza pertenecían los persas, los medas, los griegos, los latinos, los germanos, los celtas.

La raza indo-europea se veía contrastada en la historia antigua por la raza semítica. Nacida

á orillas del Tigris, la mente de esta raza no se habia perdido en el seno de la naturaleza como la mente de la raza su antagonista. Su idea madre, la idea de toda su civilizacion, era la idea divina. Así como á la raza indo-europea pertenecen los artistas, á la raza semítica pertenecen los reveladores, los theurgos. Así como el símbolo de la raza indo-europea es la espada, el símbolo de la raza semítica es la espada y el altar. Raza encerrada en sus desiertos, imaginacion ardiente y poderosa, de pensamientos profundos, dada á la meditacion, dispuesta siempre al sacrificio, la raza semítica debia derramar la idea religiosa en el mundo. Alejandro, poeta y guerrero, es el símbolo de la raza indo-europea, y Moisés, guerrero, pastor y sacerdote, es el símbolo de la raza semítica. La raza indo-europea debia crear la idea de la humanidad; la raza semítica debia ser la escogida del cielo para revelar la idea de Dios. Por eso su filosofía era teológica, su gobierno la teocracia, su guerra una eterna guerra de religion. Los pueblos que pertenecian á esta raza eran los hebreos, los árabes, los fenicios y los cartagineses.

Notadlo, señores, todo, en la época que vamos historiando, tendia á la unidad. El pensamiento semítico y el pensamiento griego se unian en Alejandría. Atenas y Jerusalem caian bajo el yugo de Roma y enviaban sus dioses al Panteon.

Y la humanidad y la divinidad se unian, se reconciliaban en el seno del Verbo, en Jesucristo. El mundo antiguo resolvia todas sus antítesis, todas sus contradicciones en ciencia, en política y en religion para plantear la tésis de una nueva civilizacion, la primer palabra de una nueva ciencia, el espíritu de una nueva humanidad. Mas, señores, no es nuestro objeto este, nosotros vamos á ver el estado de los diferentes pueblos sometidos al Imperio romano.

Veamos el estado de los diferentes pueblos. Además de las dos razas principales de que hemos hablado, en Europa se encuentran pueblos indígenas, cuyo origen era difícil comprender ni aun adivinar. En estos pueblos se encontraban al Sur los iberos, que habian mezclado su sangre con los celtas, y al Norte los finlandeses que habian mezclado su sangre con las tribus germánicas. Los iberos, eternos soldados, velaban sus armas en las cumbres del Pirineo, y corrian á todos los combates, do quier fuese necesario dar su sangre por algun pueblo; hombres, cuya cuna habia sido mecida por los huracanes. Los celtas, pueblos guerreros y más sacerdotales, pasaban su vida sacrificando á los dioses en el seno de sus oscuros bosques, y poblaban las Galias, la Britania y los desfiladeros de los Alpes. Los germanos se extendian desde las nebulosas orillas del mar del Norte hasta el Caspio; y desde el Rhin y el Danu-

bio, encerrados en sus pajizas chozas, miraban con envidiosos ojos la tierra del sol, del vino y del amor, que sus padres les señalaban como la herencia de su valor y de su fuerza. La raza helena, asentada á la puerta del Asia con religioso respeto, como un neófito á la puerta de un templo, agotada ya su propia vida y su propio pensamiento, veía los pueblos que se elevaban en el mundo á los golpes de las espadas romanas, é interpretaba su pensamiento y recogía sus almas; eterna testamentaria de la ciencia en todos los pueblos. En el trono del mundo, en la península italiana, el pueblo romano se levantaba con el eje de la tierra en sus manos, la idea del derecho en su frente, el sentimiento humanitario en su corazón, recibiendo propicio las ideas de todos los pueblos, y trasformándolas y convirtiéndolas en leyes generales, que encerraban el primer boceto de la idea de la personalidad humana, de esa idea borrada por la historia y esclarecida por la conciencia inmortal de nuestro siglo.

Las orillas del Mediterráneo estaban pobladas de numerosas razas semíticas fieles á su origen y á su destino. Sin embargo, estas razas solitarias, cenobíticas, se habian unido con otras razas distintas en Egipto, en la Armenia, en Palestina, en la Siria. A pesar de su tendencia á la soledad y al aislamiento, en esta hora suprema de la fusion de las razas, de la unidad de los pueblos, la raza se-

mítica abandonaba sus templos, é iba al pié de las pirámides, á las escuelas de Grecia y Alejandría á respirar gozosa las grandes ideas universales y humanitarias. A todos estos pueblos se mezclaban pueblos guerreros. Al mismo tiempo que los germanos se batian avanzando, los pueblos persas, los guerreros del Asia, se batian en retirada. Los primeros son los soldados de una nueva idea, de una civilizacion jóven, y los segundos son los soldados de una idea que desaparece, de una idea que se extingue. Y lejos de los límites del Imperio, apartadas del mundo romano, se encontraban las razas puramente indicas, que alguna vez, desde lejos, veian las espadas de los romanos y las velas de sus naves, sin poder imaginar nunca que aquellos guerreros, aquellos áudaces navegantes, aquellos domeñadores del orbe eran sus hijos y les debian vida y alma. El orbe romano, con su alta inteligencia, con su cortante y victoriosa espada, disciplinaba, unia estas diversas razas; los parthos feroces; los germanos que ahullaban en sus carros; los ágiles iberos, rayos de la guerra; los cabelludos galos; los sacerdotales celtas, arrancándoles de sus aras, que destilaban sangre humana; los cimbrios, los teutones, que alfombraron con sus cuerpos en los campos pútridos el camino del Capitolio; los semitas, que habian recibido en sus venas la sangre de los griegos y de los etioopes; las razas célticas, que

sentian helarse en su frente la idea de la inspiración divina y apagarse en sus labios las palabras de las antiguas teogonías; y parthos y germanos, y galos y celtas, y todos los pueblos, ora por la guerra, ora por el comercio, ora por la servidumbre, unidos, mezclados, confundidos, formaban con la sangre de sus venas, con las ideas de su inteligencia, con la identificación de su recuerdo y de su origen el cuerpo de la nueva humanidad que el Cristianismo necesitaba para producir la maravillosa transformación del mundo, que venía á cumplir con sus sacratísimos dogmas.

Vamos á ver cada uno de estos pueblos en el instante de la transformación del mundo. Al Occidente, en las tierras donde se ponía el sol, se levantaba la hermosa estrella de la tarde, España. El mundo antiguo la adoraba, porque en su seno el sol había forjado sus rayos de oro; porque en sus deleitosos campos habían los dioses puesto sus Eliseos. Todas las razas, al ver esta privilegiada tierra, alzándose entre dos mares, querida del cielo, besada por el sol, ceñida de todas las flores, llena de amor, de esperanza, de vida, habían creído encontrar en su seno aquella primitiva inocencia, aquel eden, cuna de la humanidad, que lloraban perdido. Y esta tierra hermosa, de vida inagotable, esta tierra saludada por los navegantes antiguos como la diosa en cuyo seno iba á dormir el sol; querida de los campesinos como el ex-

tremo de la fecundidad de la naturaleza; codiciada por el comercio como el tesoro de la humanidad; bendecida por los poetas, saludada por las antiguas teogonías como reflejo de otro mundo mejor, es nuestra patria, sí, esta patria querida, que por sus sacrificios, por sus largas guerras, por la sangre que ha dado en aras de la humanidad, por los beneficios que ha hecho al mundo, por su eterno númen; guerrera de la historia moderna, que ha salvado á la civilización de mil catástrofes, arrojando á sus amigos con sin igual heroísmo sus propios hijos; merece nuestro amor, sí, merece que le consagremos todas las ideas de nuestras inteligencias; todos los sentimientos de nuestro corazón, si hemos de ser dignos de continuar su historia, y de llamarnos con gloria y con orgullo sus hijos. Y el pueblo español había resistido con sin igual esfuerzo á la dominación romana, levantándole en su camino guerreros como Mendíbil y Mandonio; héroes como Viriato, que en el caos de la historia antigua adivinaba la idea de la nacionalidad; ciudades como Numancia, que prefería ahogarse en sangre y desaparecer entre el humo y las llamas á ser sierva; razas como los lusitanos y los astures, que hacían de sus montañas fortalezas, y de sus bosques lanzas y chuzos para dener á la reina de las naciones; mártires, como los formidables vascos, que peleaban tres siglos sin perder fuerza, que morían cantando en la cruz,

que se ahogaban en el seno de los mares, antes que entrar en Roma atados al carro de sus vencedores; ejemplos sublimes, que enseñan que la libertad, alma del siglo XIX, ha sido una idea natural siempre en nuestra patria, el instinto de nuestra infancia, el amor de nuestra juventud, el alma de nuestro carácter, el eterno ideal de nuestra desconocida historia.

Desde los Pirineos á los Alpes se extendían aquellos antiguos pueblos, que abrasaron el Capitolio, que pusieron espanto y terror en el pecho de Roma; dados á descender en el seno de la tierra á buscar el oro, y á levantarse á la cima de los muros á buscar la victoria; ligerísimos como el águila en los combates; impetuosos en sus ataques y en sus fugas; amigos de librar su fortuna militar en el primer empuje; aficionados al peligro; dispuestos á desafiar sin armas á sus enemigos; hábiles cazadores, consumados arqueros; ganosos siempre de conservar su inocente primitiva vida; frugales en sus convites, que consistían en asar en una hoguera la carne de los bueyes; habitantes de pajizas cabañas, sin más lecho que una piel de oso; hospitalarios, entregados á sus sacerdotes hasta el punto de ofrecerse por víctimas espiatorias en el ara del sacrificio; envueltos en su larga y rubia cabellera como en un manto; hábiles en manejar los caballos, en cuyas crines colgaban las cabezas de sus enemigos; y á pesar

de esta índole guerrera, vencidos en ocho combates, á diferencia de los españoles, que resistieron tres siglos, y entregados al poder incontrastable de Roma. Todos comprenden que hablo de los galos. Julio César es su conquistador; Augusto funda su administracion; Tiberio y Claudio quieren borrar su idea religiosa. En efecto, sus templos son bosques inmensos y espesos, criados con toda la espontaneidad de la naturaleza; piedras célticas, que indican el curso de los astros, son sus dioses; poetas privilegiados, que encierran en sagrados versos los dogmas de la trasmigracion de las almas, son sus sacerdotes; adivinaciones mágicas de lo porvenir, hechizos, conjuros, fórmulas pavorosas, su teología; aras manchadas de sangre, cubiertas de restos palpitantes, aras que han absorbido por sus poros la vida de infinitas generaciones, son sus altares; y el holocausto más propicio á sus dioses bárbaros y antropófagos, la vida de un jóven, que se disipa en los aires al par que el humo de sus hogueras. Esta religion bárbara debia ser arrastrada por Roma, destinada á preparar la conciencia para una religion más sublime.

Los galos se daban la mano con los pueblos y tribus de los Alpes. Esta inmensa cordillera separaba la Italia de las Galias trasalpinas, de los pueblos germanos y de la Tracia; y desde sus nevados picos se descubrian á lo lejos las ondas del Medi-

terráneo y los bosques umbrosos del Norte poblados de tribus feroces. Estos pueblos de los Alpes eran un peligro eminente siempre para la Ciudad Eterna; porque desde sus guaridas descendían á talar los felices campos de Italia, y llegando á las riberas se extendían por el mar ó infestaban de piraterías las costas. Cuando el pueblo rey enviaba contra ellos sus huestes, los riscos les servían de guarida, de fortaleza, como al águila; y cuando no temían á sus enemigos, bajaban, cortaban los troncos de los árboles, los unían gruesa y pobremente y entregábanse á toda la furia de los elementos, siempre dispuestos á la guerra, á vivir y respirar entre las tempestades. Los restos de los naufragios, las tablas de las naves que el mar arrojaba á la orilla servíanles para construir sus viviendas. Los Alpes Julianos, los Alpes Armóricos, los Alpes de Pannonia, los Alpes Tracios, estaban poblados de estas tribus, que eran como la vanguardia de los bárbaros. Entre estos los ilirios eran los enemigos más irreconciliables y más audaces de Roma. El senado, en tiempo de la República, no pudo llevar sus armas contra estos pueblos, porque la conquista de Italia y de España y del Oriente no le consentían punto de reposo para tomar fuerzas y escalar aquellos inmensos desfiladeros. Mas al espirar la República y comenzar el Imperio, Roma necesitó tener á raya aquellos pueblos feroces y obligarles á que pronunciaran

su nombre con temor y vieran su imágen siempre delante de sus ojos con asombro. Así Roma iba por medio de la guerra llevando á todo el mundo la paz y la unidad á todas las razas.

Extendida en el Pindo, verdadero Apenino de Grecia, se levantaba Macedonia como una fortaleza contra la irrupcion de los pueblos bárbaros, como centinela que tenia Roma para velar el sueño voluptuoso de Grecia. Macedonia se entregó á los enemigos del César y divinizó el puñal de Bruto. Pero convirtamos nuestros ojos á un país más hermoso, á la cuna de la civilizacion. Grecia, fiel á su idea, do quier veía una pavesa de libertad, se inclinaba á reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Y sin embargo, Grecia estaba herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, sólo daba esclavos al mundo; el monte Eta, cuya cima habian hollado los dioses en sus alegres fiestas, yacia despoblado y solitario como el ara de un altar destruido; la Etolia no oía resonar en sus espacios los cánticos de los poetas, y los vientos, al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un plañidero gemido que era como el dolor de la naturaleza por la muerte de sus pueblos más amados; la Arcadia, la feliz Arcadia, no tenía una flor en sus rientes campos, convertidos en salvajes bosques, por donde corrían las fieras que ahuyentaran los antiguos pastores de aquel país sereno como una égloga; The-